

## RESEÑAS DE PUBLICACIONES

John Beckwith. *In Search of Alberto Guerrero*. Waterloo, Ontario: Wilfrid Laurier University Press, 2006. 159 pp.

El compositor y pianista canadiense, John Beckwith, catedrático de la Facultad de Música de la Universidad de Toronto, autor del libro *In Search of Alberto Guerrero* (“En busca de Alberto Guerrero”), expone con minuciosidad y transparencia investigativa las proyecciones de la trayectoria y obra de Alberto García Guerrero, distinguido músico chileno de la primera mitad del siglo XX, nacido en La Serena en 1886. En el título y después, en su valioso estudio, Beckwith omite el apellido paterno para referirse al músico y afirma que al final de su carrera él mismo lo omitió, movido tal vez, por lo “que se ha interpretado” como un reconocimiento de la participación de su madre en su temprana formación musical.

Beckwith describe la carrera de quien llegó a ser reconocido en Canadá como un profesor de estatura internacional y desde los primeros años de su residencia en este país como un concertista de substancial categoría. Aunque no analiza en detalle el contenido de su contribución como compositor, nos informa sobre sus incursiones en el teatro musical, especialmente sobre su zarzuela *Rucacahuiñ*, basada en un libreto de Aurelio Díaz Mesa “sobre las costumbres araucanas”.

Subraya que en las técnicas de la composición García Guerrero surgió a comienzos del mil novecientos, de los tratados de Dubois, Gevaert, D’Indy y Oidor, y de las nacientes influencias de Fauré, Debussy y Ravel, como lo revela su abundante producción de cámara, para voz y para piano. En su temprana edad adulta colaboró también como crítico musical de *El Diario Ilustrado*; además, con el violinista Armando Carvajal y el cellista holandés Michael Penha, como pianista en programas de tríos, y, ocasionalmente con su hermano Eduardo, como relator en algunas veladas de difusión musical.

Todo esto acontecía en una sociedad absorbida por la ópera italiana, en que la música de cámara y sinfónica contaba apenas con el interés de una minoría. Los compositores—dice Acario Cotapos—“vivíamos en un santuario en que los ecos de Ravel, Stravinsky y Schoenberg comenzaban a escucharse”. Eran los años precedentes y coincidentes con la Primera Guerra, de 1914-1918, cuando García Guerrero recorrió Chile de norte a sur con escalas en Valparaíso, Concepción, Valdivia, Puerto Montt y Punta Arenas en el extremo austral, o con los músicos del mencionado Trío o presentando recitales como solista.

Beckwith cita las palabras de Leng, expresadas con motivo del fallecimiento de García Guerrero en 1959, en que recuerda su poderosa presencia como pianista y el consejo que siempre les dio a sus colegas, agregando: “Fue quien trazó el camino al desarrollo de la música chilena desde 1912. Sin su hábil influencia e inteligentes indicaciones el progreso de nuestra vida musical habría sido diferente”.

Es curioso, sin embargo, constatar que en los programas de los recitales de Alberto García Guerrero que Beckwith menciona—fuera de una Tonada de Allende y sus propias composiciones—, no figuran otras obras chilenas, pese a su interés por la creación de sus contemporáneos, tales como Milhaud, Poulenc, Varèse y Schoenberg.

Acerca de la niñez y temprana adolescencia de García Guerrero, Beckwith establece que las fuentes de documentación son escasas, aunque en orden y detalle describa sus actuaciones en Chile hasta 1918. Nos informa sobre sus siete hermanos y hermanas, todos nacidos en La Serena, hijos de don Juan Daniel García Uriondo y doña Nicolasa Guerrero, y agrega que todos recibieron su primera educación general en esta ciudad. La formación musical de Alberto, se pregunta, “¿de quién”, o dónde la recibió? Se supone que “de su madre”, que era una pianista aficionada de buena cepa. Pero no existe evidencia sólida que así haya sido. Se sabe, no obstante, que todos los hijos manifestaron una gran inclinación por la música. Menciona el hecho de que Alberto realizó “la etapa final de sus estudios generales” —o sea las humanidades— en Santiago, en el Internado Barros Arana y el Instituto Nacional. Pero dice no haber encontrado evidencia alguna que entonces se haya matriculado en el Conservatorio Nacional de Música, donde sus colegas y amigos de esa generación, tales como Alfonso Leng y Domingo Santa Cruz, recibían clases de composición de Enrique Soro.

En esencia, dada la información que logró reunir el profesor Beckwith, podría suponerse que Alberto García Guerrero fue un autodidacta. Por su hija Melisande, se sabe de la gran admiración por Ricardo Viñes, que con frecuencia expresó, pero tampoco existe evidencia alguna que le haya conocido personalmente y, por lo tanto, solicitado instrucción.

Después de ese período vago de su niñez y temprana adolescencia, el de su formación como músico, Beckwith describe con mayor detalle el desarrollo de una personalidad que muchos chilenos que le conocieron, acarrearon en sus recuerdos al otro mundo, tales como sus colegas y contemporáneos Alfonso Leng, Carlos Lavín, Próspero Bisquertt, Carlos Isamitt, Domingo Santa Cruz y Acario Cotapos, y otros más jóvenes, tales como Claudio Arrau, por quien García Guerrero siempre demostró una gran veneración y afecto, o Rosita Renard, quien se supone recibió algunas clases de él. A éstos se suman los que escucharon sus recitales a lo largo del país y fueron atraídos por su talento, así como los miembros –pintores, literatos y músicos– que pertenecieron al histórico grupo de Los Diez, de Santiago, del cual García Guerrero formó parte.

Beckwith nos recuerda todo esto con la transparencia y precisión que, de no ser así, la presencia histórica de Alberto García Guerrero habría desaparecido. Menciona cómo el reconocimiento de este músico fue expandiéndose por las Américas, lo llevó a Nueva York y Europa, para finalmente instalarse en Canadá, donde, como profesor en su edad madura, formó a pianistas internacionalmente aparecidos, tales como Glenn Gould y Ray Dudley; alternó con otros que reconocieron su influencia, tales como el compositor John Weinzweig y el pianista Gerald Moore, singular acompañante de Victoria de los Angeles, Fischer-Dieskau, Menuhin, Nicolas Gedda y muchos más, tales como el director británico Boyd Neel.

Ninguno de sus alumnos dejó de enfatizar la extensión de sus lecciones de piano, que abarcaban –más allá de corregir los problemas técnicos– el hablar sobre la esencia de la obra en estudio, sus equivalentes en literatura, las artes plásticas y filosofía. “Fue una persona gentil y extremadamente culta. Me hacía tocar mejor después de cada una de sus clases”, expresó Dudley.

Los chilenos parecen haber olvidado no sólo las dimensiones de su aporte a la música, sino que su existencia y valioso legado, como puede observarse que están haciéndolo con muchos otros de sus contemporáneos. Pienso en el patrimonio de Soro, Allende, Leng, Isamitt, Bisquertt, Cotapos, Santa Cruz, el de las generaciones siguientes: el de Amengual, Letelier, Núñez, Heinlein y enseguida, el de Becerra, Montecino, Riesco, Botto, Amenábar, Lémann, Ortega, Asuar, Garrido-Lecca, Fernando García, Miguel Letelier y tantos talentos más jóvenes que en general me parecen marginados de la programación de nuestras orquestas y de otros conciertos; también de investigaciones de la categoría de la que el profesor canadiense John Beckwith ha dedicado al aporte y trayectoria de Alberto García Guerrero, que incluye, además de un relato detallado de sus primeros treinta años en Chile, el de su brillante docencia en el Royal Conservatory of Music de Toronto.

Para terminar con una nota más feliz, quiero mencionar el gran mérito que representa el que el Teatro Municipal haya montado la ópera *Viento blanco* del joven compositor Sebastián Errázuriz; el saber que una sobrina de Acario Cotapos está preparando un estudio biográfico-musical sobre este singular e ilustre compositor chileno, y, reconocer, que por lo menos en la industria del disco compacto, se está preservando una buena selección de obras chilenas, la que esperamos se extienda para incluir algunas omisiones que por el momento se observan y las de una pléyade de compositores más jóvenes de señalado mérito.

El estudio del patrimonio musical, su continuada presencia en la actividad de conciertos, ópera, radio y televisión, agregado al de nuestra música popular y folclórica, al de la literatura, artes plásticas, teatro, cine y artesanías, es en lo que se sostiene el desarrollo cultural de un país. Es en virtud del cual se lo reconoce, e interpreta y por lo tanto, debemos conocerlo y darlo a conocer.

Juan Orrego-Salas  
Profesor Emérito  
Universidad de Indiana  
Bloomington, Estados Unidos  
jucar@ciswired.com

Leonardo García. *La quena. Nuevas técnicas y sonoridades*. Santiago: Arquetipo Ediciones, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Chile, 2008. 119 pp. + 1CD.

Las complejas relaciones que el Estado de Chile ha mantenido tradicionalmente con los pueblos originarios ha determinado, en medida importante, que recién en el siglo XX se generara algún interés entre los compositores de música de tradición escrita por las culturas musicales de tales grupos